



Testimonio de Mirta Acuña de Baravalle

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

9 de mayo de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Mirta Baravalle: Mi nombre es Mirta Acuña de Baravalle. Soy la mamá de Ana María Baravalle y abuela de Camilo, Camila o Ernesto, nacido o nacida el 12 de enero de 1977. Y digo esto porque somos una de las tantas familias, miles de familias, que sufrimos la desaparición de nuestros hijos e hijas por parte de la dictadura militar que tomó el poder en 1976, el 24 de marzo. En nuestro caso, mi hija Ana María y su esposo Julio César Galizzi fueron secuestrados el 27 de agosto de 1976, cuando irrumpieron en nuestra casa más de veinte, casi treinta individuos que asaltaron la casa. Unos se desprendían de las casas vecinas, de los techos, todos fuertemente armados; posteriormente supimos que habían rodeado la manzana con un camión del ejército Ford Falcon y una serie de vehículos. Esa noche se llevaron a Ana María y a Julio César.

Mi hija en ese entonces estaba embarazada de casi cinco meses. Justamente la tarde de ese día había ido a ver al médico que llevaba su embarazo y había manifestado que llevaba un embarazo perfecto... Tanto es así que ella misma, cuando me relató todos los pormenores de la cita que había tenido con su médico, contó que le llegó a decir: "Pero doctor, ¿por qué me felicita?", y él le dijo que la felicitaba porque siendo una primeriza llevaba un embarazo perfecto. Digo esto porque da también la pauta y la seguridad de que Camila o Ernesto nació en la fecha prevista.

Desde el momento en que se llevaron a los chicos, por informaciones posteriores que dieron los vecinos aterrorizados —porque esta gente aterrorizó al barrio—, supimos que no solo entraron a nuestra vivienda, sino que lo hicieron en otras casas vecinas, en muchos casos también llevándose dinero y lo que podían saquear... Esto es una prueba evidente del salvajismo con el que actuaban. Los vecinos empezaron a hablar ya pasados unos días, semanas; empezaron a hablar, y uno cada vez se iba informando de más situaciones. Ellos pensaban que nos habían matado a todos, porque sintieron tiros, y era que había algunos parapetados en las casas de enfrente sobre los techos y tiraban hacia la nuestra. Pensaban que habían matado a todos porque cuando se iban llevaban tantos bultos que creían que eran cuerpos, pero lo que llevaban en realidad eran todas las cosas que podían saquear y llevarse. Efectos personales, de la facultad y de los estudios, se llevaron todo lo de los chicos, de Ana María y de Julio César, y se los llevaron a los dos. Ana María se recibía ese año de socióloga y trabajaba en el Ministerio de Hacienda. En un momento dado, Julio César se había escondido, había tenido la oportunidad de esconderse; pero tal era el hecho de querer saquear todo lo que podían que cuando se iban, dos de los soldados que eran parte del operativo dijeron: "Vamos al fondo a hacer otro registro", y ahí lo vieron a Julio César. Los vecinos posteriormente nos decían que ellos escuchaban que decían: "Tírale, matalo, matalo", pero lo vi cuando se iban, alcancé a verle los pies y cuando le preguntaron cómo se llamaba, él, con mucha energía, les dijo: "¡Julio César Galizzi!". Ahí lo escuché y supe que estaba bien. Y previo a eso, cuando buscaban a Ana, decían: "¿Ana? ¿Quién es Ana?", y yo les digo: "Ana es mi hija" pero en ese momento, Ana, sintiendo los gritos y su nombre dice: "Yo soy Ana y a mi mamá...". No alcancé a escuchar, pero les dijo algo como que me dejaran, porque me tenían apuntada con un arma acá (se señala la nuca). Y se los llevaron... Fue una situación sobre la que pensamos que solamente a nosotros nos había pasado de una forma tan terrible. No habíamos sabido de otros operativos; sabíamos, sí, que mataban directamente a jóvenes, cuando salía en los diarios que habían sido abatidos, y que entonces la dictadura no se preocupaba de que no saliera en los diarios eso. Pero era el comienzo, uno todavía no profundizaba mucho en lo que estaba pasando, si bien sabía que ya había una situación muy crítica.

Entrevistador: ¿Cómo llegás a conocer a otras madres?

Mirta Baravalle: A raíz de este secuestro —porque nosotros no decíamos desaparición, era un secuestro—, recurrimos a todos los lugares habidos y por haber que en principio pensaba que eran los que tenían la responsabilidad y el deber de decir qué había pasado y de informarnos. Pero en mi situación, lo primero que hicimos cuando se llevaron a los chicos, y a la primera hora, fue hacer la denuncia a la comisaría. Ingenuamente pensamos que sencillamente recibían la información para actuar, y comprendimos después que esa era otra hazaña más que hacían respecto de los familiares, porque eran tan minuciosos... Querían saber el color de ropa, zapatos, todo como para identificarlos rápido.

Ahí fue la primera vez que fui a buscar ayuda a la Iglesia. Fui a la Iglesia de Lourdes, el mismo sábado, para hacer una misa de acción de gracias para que los chicos aparecieran rápido, y cuando le digo al cura que anotaba: "Sí, porque se llevaron...", él me dice sin mirarme: "Otros más...". En ese momento no me di cuenta de lo que había querido decir. El domingo, en la misa que dio el cura, no solamente nombró a Ana María y a Julio César, sino que nombró a otras personas, y eso también me impactó, porque ahí tuve más claro que había otros en la misma situación.

De ahí en más, inmediatamente me puse a intentar hacer un hábeas corpus para hacer la denuncia. No era fácil, porque no había abogados. Después lamentablemente supimos que los abogados también desaparecían, los que de una manera u otra se comprometían en esto. Pero tuvimos la suerte de que un abogado nos dijo cómo hacer un hábeas corpus y lo presentamos, mi marido y yo, en los primeros días de septiembre, recién, y el caso de los chicos fue el 27 de agosto de 1976. Después hicimos numerosos hábeas corpus, pero siempre con la misma respuesta: que no eran buscados, que todo salía negativo.

No solamente hacía los hábeas corpus, iba a los ministerios, a regimientos, a todo lugar donde había una posibilidad de que nosotros tuviésemos información de los chicos. Uno a veces va recordando y dice: "¿Pero cómo puede ser, sabiendo después las atrocidades que hacían, que estando en determinado lugar uno podía salir sin que le pasara nada?". Porque yo creo que todas éramos igual de ingenuas, que nos metíamos en lugares que salíamos de suerte. Yo recuerdo en esa época que fui a Campo de Mayo y estaban los centinelas ahí, los soldados, y en una de esas garitas había otros militares y un soldado me dice: "¿Dónde va, señora?", y le digo: "Quiero ver, informarme por mi yerno". No dije de mi hija porque supuestamente en Campo de Mayo no había mujeres, y él me dice: "Bueno, vaya, pero no diga que la dejamos pasar". Y yo me voy al fondo, a unas oficinas que había nada más que un escritorio. El soldado llama y viene otro superior, y yo ingenuamente le digo: "No, porque a lo mejor acá lo trajeron o vinieron". Como que ellos no tenían nada que ver, pero que a mi yerno se lo había llevado el ejército, y claro, me miraron como... Después pensaba, "Pobre mujer, esta no sabe dónde vino", y salía de ahí sin tener idea del peligro que en su momento uno pasaba; era la desesperación de querer saber.

Bueno, en todos los regimientos, inclusive en distritos militares, iba preguntando por mi yerno. Especialmente ahí, y después, a nivel internacional, en todos los medios y organismos internacionales que estaban previamente, en los primeros tiempos en los que todavía no nos habíamos reunido en esos grupos de reclamo en conjunto; yo me había ido a Bolivia para poder mandar desde ahí a Naciones Unidas y a esos organismos de seguridad mi testimonio para que llegara. O sea que en muchas cosas había algo tácito que te decía cómo tenías que actuar. Iba, por ejemplo, todos los días a Devoto, desde ese lunes siguiente al 27, y ahí cada día iba sabiendo más cosas de familiares que tenían presos políticos, ahí fue donde más me iba informando.

Hasta que llegó un momento en que la conexión con Madres fue algo increíble. Uno piensa que las cosas se dan porque se tienen que dar así. Cuando íbamos al Ministerio del Interior habían puesto a un coronel Fernández, el cual daba información a los familiares. Nos íbamos enterando por organismos que nosotros íbamos a consultar. En aquel entonces ya estaba la Asamblea Permanente por los Derechos del Hombre, estaba el MEDH, estaba Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, estaba La Liga por los Derechos del Hombre, el Serpaj. Pero al Serpaj nosotros no íbamos. Había lugares adonde nosotros íbamos a buscar información que ya estaban actuando. Así fue que también sabíamos del Ministerio, y un día, no recuerdo cuándo pero durante los primeros meses de 1977, habrá sido febrero o marzo, tuve cita para ir a ver a ese coronel, que nos daba una tarjeta. Cuando yo entro salía una señora, y paradita a un costado había otra señora como esperando algo. Cuando salgo yo, que me atiende este coronel, y salgo, entra otra señora. Ya había visto tres personas ahí dando vueltas de alguna manera; cuando salgo enfrente había otra señora. Y fue algo que cada una... yo creo que nos identificábamos, nos mirábamos y sabíamos qué le ocurría, qué le estaba pasando a la otra. Ahí en un momento rápido nos consultamos previamente cada una, "qué te dijeron", y todas eran cosas tan ofensivas, en algunos casos con relación a nuestros hijos, que nos dimos cuenta de que eran todas cosas para mantenernos ilusionadas, para creer que nos iban a dar información. En ese momento, ese día que no me acuerdo qué fecha era, estuvimos un ratito seis o siete mujeres, e inmediatamente cruzaron de la Casa de Gobierno

los soldados y nos sacaron; nos iban sacando de enfrente al monumento de Belgrano, y nosotras salimos caminando hacia el centro de la plaza, y en un momento entramos al banco ese que hay circular —y esto lo cuento porque quizás es algo que me marcó muy fuerte—, nos sentamos tres mujeres y en el medio había una señora que se sienta, pone una bolsita, una bolsita de compras, y saca un tejido y se pone a tejer. Claro, por la situación en la que estaba y por la que estaba ahí, saca un tejido y se pone a tejer, y por el hombro me dice: “Allá vienen, nosotras estamos tomando sol”, porque tres nos habíamos sentado acá y dos enfrente. Vienen los soldados con las itacas, porque eso era común, y nos dicen que no podemos estar ahí sentadas, y en ese momento esta señora dice: “Nosotras estamos tomando sol”, pero nos hacen levantar y nos dicen que nos dispersemos.

La señora que sacó el tejido era Azucena Villaflor de Vicenti. Yo en ese momento no sabía quién era; ya de alguna manera habíamos hablado. Yo la recuerdo posteriormente, cuando hicieron el tedeum en la iglesia de la calle Cabildo, que es la Iglesia de los Marinos, que oficiaba el cardenal... uno de esos fatídicos, y entramos tres o cuatro señoras ahí por el costadito, entramos hasta el final, ellos estaban ahí arrodillados, eran tres santos, cada uno en su lugarcito, y salimos enseguida porque era insoportable ver eso, dijimos: “Vamos a esperarlos afuera”. Ahí ya Azucena en ese grupito dice: “A lo mejor si somos muchas Videla nos contesta”. Y fue ahí que generó esa convocatoria a pensar las cosas que a cada una nos habían dicho, que consideró que teníamos que ser muchas y convocar a los familiares, porque al principio fue así, “familiares de detenidos desaparecidos”. Pero, ¿qué pasó? Cuando se puso una fecha, ya era Azucena la que a su vez convocaba con mayor seguridad, porque uno convocaba a quien uno sabía que tenía desaparecidos, pero tampoco uno tenía mucha seguridad de quién podía ser. Bueno, el 30 de abril se convocó para estar frente a la Casa de Gobierno, ser muchos o muchas, y se dio el caso que éramos todas mujeres, pero que no éramos ni la esposa, ni la hermana de un desaparecido, ni la pariente, sino que todas estábamos buscando a nuestras hijas e hijos. Fue así como surgió, no porque se hubiese dicho “vengan las madres nada más”, no. Bueno, ese 30 de abril fuimos catorce mujeres que tuvimos ese encuentro, entre ellas estaban desde luego Azucena Villaflor de Vicenti, María Adela Antokoletz y sus tres hermanas, estaba Raquel Arscuschin, estaba Betty Neuhaus, estaba la señora de Caimi, una joven que nunca después vimos, que no sabemos bien qué ocurrió con ella, estaba Pepa Noia y estaban Raquel Marizcurrena y Delicia Miranda, que era una madre muy joven, y su hijo era muy jovencito cuando se lo llevaron, y estuvo al principio pero ya hace muchos años que no... Y estuve yo también ahí, y bueno, éramos catorce.

¿Estaba Careaga?

No, no, ellas compartieron, sí, al principio, pero no. Igual, yo compartí muchas cosas, tanto con Esther como con Mari Ponce, pero hacíamos nuestras recorridas también en soledad, porque todavía no estábamos agrupadas. Eso fue el 30 de abril y nosotras previamente igual teníamos actividades.

Ese día nos reunimos en la plaza a la hora que se había manifestado de encontrarnos. Eso es muy conocido, Pepa fue como con dos horas de anticipación, siempre la tenemos ahí lista, porque realmente es notable, pasando muchas vivencias ahí, muchas situaciones que no nos dábamos cuenta tampoco que podía pasarnos a nosotras algo. A comienzos de 1977, inmediatamente al 30 de abril, lamentablemente empezaron a sumarse a esa cita que nos dábamos en la plaza los jueves. Porque previamente había pasado que nos dimos cuenta de que estábamos solas, solas en el hecho de que no había movimiento en la Plaza, de que no había actividad comercial ni nada, y nos dimos cuenta de que era sábado. ¡Claro, un sábado...! Entonces se cambió para el viernes, “Bueno, vamos el viernes próximo”. El viernes fue un día que a la mayoría no les gustó, cada una apuntó el motivo de que por qué no convenía, y se apuntó al jueves. El jueves fue aceptado por la mayoría de las que íbamos a ir, porque eso no fue una cosa inmediata. Y los jueves lo hacemos desde que dijimos que estábamos todas de acuerdo, porque ya había una posibilidad, uno veía que podíamos conseguir cosas. Pero todavía no estaban las Madres organizadas, ni siquiera había comisión, no había nada, sino que se sabía y tácitamente se acordaba cómo se trabajaba, cómo se movían las Madres, y ya le dábamos cada una esa autoridad a Azucena. Uno la veía como motivadora,

motivaba a las Madres y daba la seguridad de lo que podíamos conseguir realmente. Todas queríamos eso, la mayoría, todas queríamos seguir reclamando saber qué había pasado con nuestras hijas y nuestros hijos, quiénes se los habían llevado y cuáles eran los motivos. Cada una iba a determinado lugar a buscar por qué se los habían llevado, justamente el reclamo era ese.

Se dio el caso de que en su momento, cuando surge Madres, yo ya estaba buscando a mi nieto. Porque hasta la fecha que sabía que no había nacido buscaba nada más que al papá y a la mamá, y cuando pasa la fecha nos enteramos que el 12 de enero había nacido.

¿Cómo se enteraron?

Vino un señor amigo, que tuvo que recorrer veinte cuadras corriendo porque estábamos en estado de sitio. Él había tenido la noticia de que había nacido el bebé y nos quiso informar a nosotros. Eran más de las once de la noche cuando sentimos los golpes en la casa y yo salgo corriendo, porque claro, siempre estábamos alborotados de llamadas, y cuando lo veo le digo: “¿Qué pasa?”. Lo veo ahí todo agitado en el umbral de la vereda, y me dice: “Los tres están bien, los tres están bien”, y ahí nos dijo que el bebé había nacido pero nos dijo: “Me voy, me voy”, porque ya tenía que regresar. No había colectivos en esa época que uno pudiera tomar, o un remis o un taxi; antes eran imposibles esas posibilidades que existen hoy, y tenía que llegar a su casa antes de las doce, que no lo sorprendieran en estado de sitio después de las doce.

Pasó ese día y nunca más pudimos saber más nada, porque a la persona que le había dado esta información a nuestro amigo se lo habían llevado en un operativo. Así que perdimos esa posibilidad de seguir ahondando en esa pista, pero, de todos modos, justamente por el hecho de que yo buscaba también a mi nieto o nieta, fuimos buscando otras posibilidades para buscar a los nietos. Recuerdo que yo quise presentar un hábeas corpus por el bebé y no me lo aceptaban. Claro, no me lo aceptaban. Y el primer testimonio que yo di por el bebé cuando supe que ya había nacido, lo hice en Familiares. Puse la carpeta con el testimonio del bebé y no aceptaban una presentación y un pedido de reclamar por un bebé que no tenía nombre, no tenía nada digamos. Posteriormente pude hacerlo ya pasado un año, ya en el año 78. Me reconocieron que a ese bebé había que buscarlo con el sello del juzgado, no sé si se equivocaron, pero me aceptaron ese hábeas corpus, esa denuncia del bebé nacido en cautiverio; cuando yo hago esa presentación tenía ya ocho meses, pero igualmente qué búsqueda van a hacer de un bebé que no tiene nombre.

¿Cuándo se conforma Abuelas?

Yo a la primera abuela que conocí fue a Betty Neuhaus. Las dos estábamos en Familiares, porque era el principio, enero, febrero. “¿A vos te falta tu...?”, “Sí, estaba embarazada”. Y bueno, decíamos: “¿Qué podemos hacer?”. Recuerdo que habíamos bajado al subte de Callao, y comentando sobre nuestras hijas y qué podíamos hacer, ella me dice: “Me parece que hay otras abuelas”. Y ahí fuimos generando, buscando otras madres que no estaban en Madres, pero que estaban buscando a sus nietos. Era el caso de Chicha Mariani, que buscaba a su bebé que tenía tres meses de nacida.

O sea, yo tenía que buscar adultos y bebés. Los bebés los tenía que buscar en tribunales, casas cuna, lugares específicos; no los podía buscar del mismo modo que buscaba a los adultos. En esa conformación de Abuelas, la primera presentación que se hizo fue en la Suprema Corte de Justicia —que entonces estaba el juez Heredia— por un bebé nacido que era Clara Anahí Mariani, de tres meses. El resto éramos doce abuelas, once bebés, todos nacidos en cautiverio. Todas las jóvenes se las habían llevado embarazadas y ya habían nacido sus bebés. Después se fueron incorporando casos de testimonios.

Al principio nos llamábamos Abuelas con Nietos Desaparecidos Argentinos. Después, dado el hecho de que ya estaban las Madres de Plaza de Mayo, fue algo de acuerdo que nos empezáramos a llamar también Abuelas de Plaza de Mayo. Claro, yo siempre he estado mimetizada con unas y otras,

porque con Madres lo primero que hicimos en el año 77 fue la peregrinación a Luján. Era todo compartido, una cosa y otra, tanto Abuelas como Madres. Abuelas era ya una búsqueda más específica de los bebés, de los nietos que fueron secuestrados con sus papás algunos, otros que habían nacido en cautiverio y otros que fueron llevados solitos.

Fue una forma muy intensa de búsqueda, al principio se llegó a hacer todo rudimentariamente, todo se hacía a mano, como algo casero. Luego, todo lo que hubiera posibilidad de que se expandiera, de que se conociera, de que hubiera un avance de denuncias, también, porque eso era importantísimo... Sabíamos que a la dictadura no le importaba si el pobre argentino sabía que ellos estaban secuestrando, asesinando, torturando, no les importaba. Pero sí les importaba el hecho de que trascendiera eso fuera del país, eso ya no estaban en condiciones de aceptarlo, y de esa manera comenzaron entonces las denuncias de las desapariciones en Argentina... Porque se dio el caso de que con Madres se dio la posibilidad de visibilizar a los desaparecidos, ningún organismo había podido realizar eso. Ellos trabajaban, hacían denuncias a nivel internacional, pero era todo como de papeles o de comunicación, no era algo que dijeran "Acá está esto, lo que pasa". Nosotras con la presencia en la Plaza, con las denuncias, visibilizamos la desaparición. Porque una cosa era verlo en un papel, decir: "Sí, se lo llevaron" —tampoco al principio decíamos "desaparecido"—, y otra cosa es estar diciendo: "Sí, yo soy la mamá y a mi hijo se lo llevaron de mi casa", "A mi hijo me lo llevaron del trabajo", "A mi hijo se lo llevaron de la calle". Es distinto.

Entonces ahí vino la posibilidad para la dictadura del mundial de fútbol. El mundial de fútbol fue para ellos un salvataje, lamentablemente es así. Tampoco es cuestión de no llevar la vida inserta en las cosas que mueven a las personas, no todos tenían que estar insertos en la incertidumbre, en el dolor, en todas las angustias nuestras.

En ese momento fue valioso el testimonio de los exiliados en el exterior, ¿no?

Claro, porque nosotros sabíamos, justamente... Porque después todo se junta un poco de aquí y de allá, los testimonios y las denuncias que hacían los sobrevivientes y los que podían salir exiliados, los que compartieron represión y torturas en los lugares que sabemos, los que estos genocidas pensaban que cuando los dejaran salir iban a manifestarse como contribuyendo y acompañando a la dictadura. Es esa valentía que tuvieron de salir y de denunciar, porque siempre estaban en peligro, porque sabemos bien cómo la dictadura mandaba a sus secuaces a otros países para vigilar, para de alguna manera hacer desaparecer a quienes les molestaban.

Entrábamos de a cinco a dar los testimonios. Y en uno de esas que yo entré porque me tocaba a mí y a otras cuatro personas más, en una de esas estaba la hermana de Menchu Quesada. Y ahí ella también estaba dando el testimonio de que había encontrado al nieto por medio de la televisión, porque se habían llevado a su hija con el nene, que no era un bebé, era más grandecito, y lo habían llevado a un juzgado y la asistente social no lo quería llevar a la Casa Cuna o a Minoridad porque después ahí se pierden. La joven se lo llevaba a la casa queriendo dar tiempo a que quizás aparecieran los familiares. Ella contaba todo ahí, y resulta que una tarde estaba la televisión prendida y el nene que estaba jugando ahí dice "tía, tía"; ella no entendía, y mira y ve que estaba Menchu Quesada, y ahí se dio cuenta de que había una relación con este chiquito y efectivamente era el sobrino. Y la abuela decía: "El nieto se encontró, sino hubiera sido un niño perdido". Uno fue atravesando a través de los años cosas inesperadas, y hay tantas cosas realizadas y para contar. Y no solamente por los treinta mil detenidos-desaparecidos que hoy no están, entre los que están mi hija Ana María y Julio César Galizzi, por el hecho de haber querido querer cambiar un mundo, cambiar un país donde no hubiera exclusión ni existiera la marginación, donde existiera educación, vivienda, trabajo, salud para todos; eso era lo que soñaban nuestros hijos, nuestras hijas, y en eso estaban cuando se entregaron a esa posibilidad. Como mi hija me decía en los años setenta, o sea que ya hace cuarenta años: "Mamá, si nosotros no llegamos al pueblo, si no llegamos a que ellos comprendan que tienen derechos fundamentales, que tienen derechos" —justamente a todo lo que dije ahora—, "que no tienen que bajar la cabeza, si no llegamos al pueblo de este país dentro de veinticinco

o treinta años, de los argentinos no va a haber nada". Y yo le decía: "Pero Ana, por favor", y me decía: "Sí, porque ahora el poder está en diecinueve familias" —en esa época—, "y dentro de veinticinco o treinta años, van a ser tres o cuatro los dueños del país". Es por eso que, más allá de que nos mueve el amor y todo lo que representa un hijo para una madre o para un grupo familiar un hermano, está el hecho de reivindicar por qué no están.

¿Qué pasó ya en democracia?

Yo tengo un reconocimiento al gobierno de Alfonsín; es lógico y natural que uno lo reconozca, porque fue un gobierno que abrió una posibilidad desde la justicia. El juicio a los militares abrió ese abanico por el cual todo lo que había pasado en el país se conoció, era la esperanza de esa justicia tan anhelada en la cual nosotros creíamos que lo principal era tener la respuesta, pensábamos que íbamos a encontrar, a vernos con nuestros hijas e hijos, eso tiene una esperanza muy fuerte. Lamentablemente después vinieron las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Todo aquello, que era algo grandioso, porque lo fue en su momento, se vino abajo. Pero hay que darles la posibilidad de que los juicios que se están haciendo actualmente sigan, y que todo lo que hubo después en relación al indulto de este, que yo no lo quiero nombrar pero lo tengo que nombrar para que sepan quién es... Carlos Menem, ya ni me acuerdo el nombre de no quererlo nombrar... Con el indulto ya fue todo un descontrol, una forma de retraso en toda esa justicia. Tuvimos la suerte con otro gobierno, que es lo que corresponde: un gobierno tiene el derecho de hacer lo que sea necesario para la justicia, para, si está en sus manos, hacer lo posible para que la justicia actúe como corresponde. Es lo que realmente tiene que hacer, pero sabemos que a veces los giros políticos son tan importantes y tan esquivos, que a veces se necesita una decisión política. Es lo que pasó con el seguimiento de los juicios, que de alguna manera pudo realizarse porque la impunidad que había quedó desbaratada...

Derogada...

Derogada. Entonces bienvenidos son todos los pasos que se están dando con lo que pasó en la época de la dictadura. Actualmente uno espera que los juicios sigan adelante, que todos los veamos en cárceles comunes y a perpetuidad, pero también queremos que haya justicia para todos, porque la justicia no está actuando como corresponde en todos los niveles; queremos que los derechos humanos también sean vistos para todos. En muchos casos actualmente uno ve cosas con mucha pena, querría que se mejoraran. Hay situaciones que uno las ve y piensa que para los que la están viviendo es muy triste; uno siempre espera que se corrijan todas las situaciones en las cuales los derechos humanos son violentados. En ese caso uno va reconociendo las cosas buenas y las cosas que deben ser mejoradas.

Muchísimas gracias, Mirta, ¿quierés agregar algo más?

Me gustaría, desde luego... imaginate cuál es mi ambición, no sé si a esta altura uno... abrazar a Camila o a Ernesto para decirle, para comentarle, para que conozca a sus padres, para que sepa quién era su padre, quién era su madre, cómo eran, que yo digo cómo es, cómo es Ana María, y cómo es Julio César. Esa es mi ambición, y que ese país que soñaban nuestros hijos y nuestras hijas realmente sea posible.